

Silvio Mattoni

El bizantino



Alción Editora



Silvio Mattoni

El bizantino

ALCION EDITORA
dirección
Juan Carlos Maldonado

© ALCION EDITORA, 1994
Av. Colón 359 - Galería Cinerama
Local 15 - 5000 Córdoba

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Silvio Mattoni

El bizantino



Alción Editora

“El presente, en efecto, es igual para todos,
lo que se pierde es también igual, y lo que se separa es,
evidentemente, un simple instante.”

Marco Aurelio, *Meditaciones*

Ligurino

Antes bien, a tí Flavia, ausente, te aprovechan los vientos del riesgo que era mío, pues mi cuerpo resiste, todavía mis bucles requieren las manos y mis labios producen versos. Pero no puede evadirse como esta tormenta en la oscuridad, amenazando mi antorcha, la certeza de la medida de Horacio, nuestro amigo.

Él, muerto, aún habla cada noche hacia mi lecho de la erosión de los años, mientras, joven, revuelvo sábanas y túnicas, a tí, entonces, Flavia, lo que queda: el riesgo apagando la belleza del cuerpo antes del fin, para mí, Ligurino, esta copa de veneno a que me entrego.



Lucrecio

Acostado yace el poeta, han pasado su ardor y su locura,
lamenta el día cuando, al mismo tiempo, conoció a Clodia
y bebió una embriaguez ilimitada. Pero ve los principios
de donde todo nace porque muere y muere porque nace,
ahora lo atormentan simulacros, nieblas de la memoria,
inmóviles en sí, apareciendo siempre, imprimiendo ilusiones.
Duerme el cuerpo de Clodia junto al suyo, recordarlo
trae membranas flotantes, naufragos corpúsculos del aire,
de nada sirve atarse, aunque la lejanía es dolorosa,
la muerte acaba incluso con la vieja tristeza del olvido.
Lucrecio pestañea pensando en el vacío, sin embargo no puede
evitar la ficción de algunos versos, intentar la verdad;
ya hizo su plan, cuando el furor se gaste, describir claramente
la verdad de las cosas y los hombres, entregarse después
a la muerte, donde nada persiste, ni aun un simulacro
como el sueño de Clodia que respira, o el color de sus labios.

Cleis

Dicen que soy tan bella como una flor de oro,
pero no hay una estrella sobre el perfume de mi pelo,
todo parece oscuro como este árbol quemado,
manchando mi túnica pálida. Cuando miro
la silenciosa boca de Mírsilo, acercando su cuerpo,
mis palabras se escapan, temo que me rechace,
casi nunca sonrío en su presencia,
prefiero contemplarlo, acompañarlo
con los demás asistentes al banquete.
"Cleis", me dice siempre, "tu hermosura deslumbra",
no pasa más allá y aunque sé que es mentira
no puedo dejar de estremecerme al escucharlo,
son vientos de la muerte corriendo tras mi espalda,
cuando suelto mi risa de desprecio
para los ojos negros de mi amado.

P ropercio

Cerca de la noche, Cintia está dormida, el poeta mira sus párpados pintados, la boca abierta emite unos suspiros que la penumbra guarda. Ordena en esa pausa del placer, incompleto, alguna frase corregida hasta alcanzar un ritmo propio. Desea perdurar, escribir aunque el amor se gaste como el sueño de Cintia, que despierta despacio y le reprocha traiciones, falta de atención; sus pocos años no impiden presentir la destrucción, sin embargo, sonriendo con un beso la calma: termina en su memoria una elegía.

P ropercio

Acusado de oscuridad, escribí elegías
donde pudiera guardarse la verdad y la historia
de mi época ensombrecida, pero,
siento ante la luz crepuscular, el silencio
producido por las cosas en mi voz,
haber perdido ya la juventud, acercarse
un toque fatal y la diseminación
de la medida de mis versos, la dispersión
de mi memoria; sin embargo,
busco estilo y palabras esta tarde,
tal vez temiendo no ser comprendido,
si alguien siquiera lo intentase, creo,
no rompería este incorrecto escrito.

Ovidio

Veía las pesadas telas rojas, cayendo hasta el piso, donde restos de comida, cáscaras destrozadas, huesos, rasguñaban las plantas desnudas de mis pies. En los reclinatorios dorados, manchados de grasa, no había, por supuesto, nadie. Un rectángulo de luz naranja, la ventana detrás del bermellón de las telas, que logran retrasar la mañana, estirar la fiesta, incluso hasta después que los cuerpos hubieran desistido. Sentado en esa sala, vacía pero llena de huellas, aun sin frío, removí las brasas, encendí el fuego en el rescoldo, tenía puestas unas ropas de piel como los bárbaros. Cuando, un esclavo silencioso, que venía a limpiar, gritó: ¡un ladrón! Y mi espanto, al sentir los murmullos de la casa y una condena segura, me despertó. Estaba, sí con pieles, en el invierno helado de mi exilio, ya van tres años, en el Ponto. Aquí no tengo a quien contarle que esa fiesta pude vivirla pero perdí, junto con Roma, la memoria, llevada por el duro Danubio, que sin embargo congeló una parte en mi sueño. Yo mismo hablo conmigo y repaso las palabras inusuales. Si no conocen ni el más bajo latín, entonces qué dirían de mis versos, si bien toscos no dejados del todo por mi ingenio. ¿Qué más podría hacer, solo en estas playas desiertas, o qué otra ayuda intentaré buscar a mis males? Quiera el César mitigar el castigo de mi error, enviarme a algún exilio menos penoso que éste. Que estos versos me ayuden.

El exilio de Glauco

Escúchame, Arquíloco, no es esto poesía, aquella noche deseaba verte, abrazarte, la luna daba sombras a mi cuerpo, antes llamado bello por tu voz, llegando a tu puerta, recuerdo la precisión alegre de un poema y cómo reclamabas un reflejo en mis ojos, mis labios en los tuyos. Ismene me atendió, sonriendo aunque inflexible, había pasado un mes ausente, no entendí cuando dijo: “él está en una fiesta, pero no quiere verte”, porque volví sobre mis pasos negros. Ella dijo mi nombre y alcanzándome besó con suavidad mi boca abierta y mis lágrimas, cayendo como ahora sobre mi mano, la otra no deja de escribir, amado Arquíloco, acaso mis últimas palabras para tí, antes de irme.

Tucídides

Al alcance de una antorcha, los ojos del historiador desean el deleite de la llama, la verdad de unos recuerdos, el pelo castaño que se enrulaba sobre los dedos, perdiéndose. Ahora, la mano quieta no escribe, la mirada sube hacia la antorcha. La otra mano, antes con tibios pechos adolescentes, construye párrafos perfectos en el aire. Inmóvil queda la barba gris, la figura cansada y las frases no pueden alterar ya los labios griegos, sonrientes, seguros en la memoria.

Jenofonte

Jenofonte, debes un gallo a Asclepio, está curada tu mano, pareciendo disuelta, sin embargo esa herida deja leer la marca todavía, cuatro huellas curvándose sobre tres puntos casi borrados. Ahora, suave, tocas la cicatriz, recordando una caricia, apenas perceptible, de las manos de Diótima, tu esclava. Sonreía y su mirada azul te desvelaba, era una virgen bárbara, tarde supiste, griego, llamarla por su nombre, ya oculta la belleza de los labios, penetraban sus dientes; al morderte la odiaste, la vendiste, aunque ella puso un trazo indeleble de amor en tu memoria.

La agonía de Marco Aurelio

Puedes, Marco, resignarte a la muerte, te rodean esas tribus hostiles que no conocen las combinaciones y dispersiones, tu ciencia sostiene cosas condenadas; brillan los ojos de tu amigo, denuncian el instante, y cuando tu cadáver no se mueva, quizás empiece a lamentarse, no se lo permites ahora. Recuerdas tus frases griegas acerca de Pantea, era de Esmirna pero amaba a un romano, tanto que fue imposible hacer cesar su llanto y su luto, arruinó su belleza, su piel y su mirada. Ahora, en latín, piensas en el olvido que a todos espera y aun en el recuerdo que no puede hacer nada por los muertos; también los recordantes morirán, le dices a tu amigo, apenas sale un resto de tu aliento, que te olvide y que viva, "porque cada aceituna cae, agradeciendo al árbol, cada hombre se disuelve, sin embargo, Teodoto, ni tú, ni yo, emperador del mundo, podemos repetirnos como las aceitunas, todas idénticas, deberíamos, únicos, volver hacia la muerte, como si nunca hubiéramos nacido, disfrutado y entendido". Callado, ahora citas a Epicteto, lo de las marionetas y el azar, por un momento crees ver en ello un regalo, cortar al fin los hilos y oscurecer del todo tu escenario cansado.

E_pitafio canino

Sean estas palabras para mi perro Argos,
como una hermosa estatua para un ciego,
que escuche o toque el amor que las mueve,
aun sin entenderlas.

Hoy, en silencio, lloro por tu memoria,
por el recuerdo de mi exilio, por la espera
de tantos cuerpos jóvenes que se marchitan
en su fidelidad.

Al menos, Argos, la parca algo concede,
a tí la última suerte de no aguardar en vano,
a mí la gracia de saber que nuestros nombres
no serán olvidados.

Juvenal

Roma se inquieta, se prepara para una noche de placeres,
pero Junio busca, aturdido, la puerta de su casa y entra:
cansado, una larga fila sin obtener el pago. Poncia,
enferma lo abraza, cuando él, levantado del triclinio,
llora, mirando los platos magros y una grieta en la pared,
cortando un viejo fresco familiar. Junio, aunque olvida
las palabras escritas, siente romper la rabia en su memoria,
invoca una explosión de humillaciones, ante los ojos oscuros de Poncia,
mientras una serpiente griega engulle
manjares orientales, vomitando sobre su adolescente favorito.

Livio Andrónico

Enfermo, abandonaba Roma, en las afueras
está su villa tranquila, los recuerdos
de discursos, placeres y dolores
esperaban en vano acompañarlo.
Quizá una lágrima extraña perturbó su mirada,
hacia el cielo, recitando
en silencio versos griegos, despidiéndose
sin poder traducirlos con mayor precisión;
pero igual agradece lo dado por los dioses:
dos lenguas, por instantes, sonriéndose en sus manos
cuando Marcia leía sobre sus hombros fuertes
en palabras latinas el mensaje de Homero.



Más allá del Rin

Oscuro es el país, lejos de Roma,
sin amigos, sin habla, apenas
recuerdo cómo gastar estos papeles escasos.
Pero silban los árboles en el idioma
de los bárbaros, y el cielo,
aun en el desorden de sus fiestas, acude,
concediendo canciones y sonrisas torcidas.
Ahora, nadie puede leerme, sin embargo
a unos ojos brillantes me dirijo, recuerdo
innumerables rostros familiares, dispersos
sin llegar a formarse en el deseado.
En cambio, a veces, en las noches,
negras figuras de dioses aparecen sonriendo,
casi nunca comprendo y puedo entonces alcanzar el sueño,
pero a menudo una palabra
sale de la hendidura luminosa de sus labios,
y lloro no sabiendo su sentido,
acaso sea el exilio, la muerte o la ignorancia.

La sombra de Aquiles

No me hables de la muerte, Ulises, háblame sobre ella, muchos años pasaron, ¿su pelo aún conserva la oscuridad de las plumas de un cuervo, cae apenas como un velo sobre sus ojos? Recuerdo, sólo una vez sonrió. Deseaba complacerla con joyas, túnicas, hermosos peplos, sin embargo aceptaba cuando su condición se lo imponía —¿mi esclava, ella? No; sus labios impasibles, amos de mi memoria. No puedo soportar, Ulises, este dolor de ver siempre aquella sonrisa, única, satisfecha, el día en que el Atrida se la llevó, se reía viendo mis lágrimas. Muerte y gloria busqué, las tuve, pero como hijo de una diosa, no me dieron el olvido, quisiera estar en verdad muerto, disperso como un hombre, apagar la fuerza de la imagen, lacerante, de Briseida sonriendo.

Cleóbulo

En el laurel oscuro y el verde olivo oscila
la frase de Anacreonte, ausente, de los labios
de Cleóbulo. La tarde entrecierra sus párpados, barnizados
para hacer más profunda la mirada, más joven
el ceño sobrio que ensombrece su pelo. Las manos,
dejada una corona mixta, abandonan ahora
los versos del viejo, los ojos buscan arrugas. Él siente:
su futuro pelo blanco, sufriendo lo leído, cuando apenas
disminuye la luz, se desvanece el miedo, al recordar
la fiesta y el banquete, todavía, con veinte años, lo esperan
y más de uno desea el rubio roce de su pecho.

P_{syjé}

Por mirarte un instante, Amor, ya no es posible
tocarte: la infantil forma de tu cara
ató mis dedos para siempre, condenándolos
a un recuerdo distante, pero mis ojos todavía
rozan el soplo de tus labios, alumbrados al fin;
lloro con tu sorpresa al despertar, deseando
ese divino lecho, los jardines, las cámaras.
Escucho voces que imitan tus palabras, sin embargo,
son sólo sombras; a veces, tengo miedo,
parecieran las partes de tu rostro quebrarse, se avecina
la dispersión funesta del olvido, mi memoria
amenaza volver a tí, dejarme sola, eterna
oscuridad, inquieto soplo sepultado en mi cuerpo.

C Composición de Metamorfosis IX

"Antes Isis cambió la forma de tu cuerpo, Ifis, recuestas tus hombros extraños que Yante acaricia, dormida, con su pelo castaño; y ahora, el deseo consumado, recuerdas el regalo de Isis, cumpliendo la voluntad de tu padre, ignorante, y dudas sin quererlo sobre la antigua belleza de tus senos, la suavidad de tu sonrisa perdida; aunque Yante es hermosa, te levantas, miras imágenes fugaces de un espejo al pasar; algo sorprende el espíritu ambiguo de Ifis, con temor, buscando en su memoria, cuando era igual a Yante, su amada, la identidad de los cuerpos."

Ovidio, continuando la historia, sin embargo corrige, bajo la luz temblando, viene Cominio trayendo las uvas y pone una madura en sus labios, deslizado un susurro para cambiar la forma de la noche, dejar el mito a un lado de la cama, apagar la memoria y la lámpara...

El orador

Un lunar en la mejilla izquierda de una mujer,
de ropa gris, camina por la mirada de Pisístrato.
La sigue con el reposo de sus ojos en medio
de ruidos callejeros que disminuyen ante un índice
frágil contra el mentón, señalando el rojo oscuro
pintado de sus labios. La boca abierta para él,
brillando bajo las nubes de la tarde y el aire
del otoño temblando entre columnas viejas, ahí
donde Pisístrato no puede terminar de mirarla.
Insiste ella en volver, en caminar delante del lugar
elegido en busca de una frase, un giro extraño,
para el discurso de mañana. Cuando cae la noche,
Pisístrato recuerda la imagen rubia, ausente,
sin poder todavía resolver las palabras
que las ágiles piernas han borrado y un gesto,
dado al pasar, deslizado al fondo de su memoria,
sepultando una tarde desperdiciada en vano.

D iálogo interrumpido

—¿Dónde estás, viejo amigo,
que no puedo encontrarte?

—¿No es ése que allá ves,
envuelto entre las sombras,
a quien buscas Aquiles?

—La figura parece
ser la misma, los rizos
conservan brillo, pero
no es igual el sentido
de sus gestos caminando. Recuerdo,
di mi vida por él
como él por mí.
Lágrimas sobre
la pira de cenizas
y los huesos aún
humeantes derramé.
Tanto me amaba
que nunca encontraría
hasta el abrazo negro de la muerte
una emoción más intensa en mis hombros.
Yo amaba muchos cuerpos,
cada mirada fija me cambiaba
de lugar y de charla.
Nunca lo amé como él
y ahora
no tiene cuerpo ni memoria
de mí.

—No conviene, noble hijo de Tetis,
a quien lleva sangre divina
amar a los mortales con fervor,
criaturas efímeras, bellezas
que se diluyen en un parpadeo,

así como tu tránsito en la tierra,
aunque la gloria te cubrió,
quizás pierda en futuros años
el nombre de su fuerza.

—Compañero, Patroclo
es el origen de mi fama
frenética y breve, pero
no era mía la fuerza, era
su amor, más potente que todo
amor terreno,

que en el espejo de mi cuerpo
vió acaso el rostro
de lo eterno y a mí
me dió la cólera y el esplendor
que acabaron con Héctor.

¿Podemos todavía conferir
tal nombre, hermano,
llamar

Isla de los Felices a estas rocas
llenas de niebla y bruma de recuerdos,
cuando todos los párpados que amamos
duermen con el Leteo

para siempre? ¿No percibes, ahora,
que tal vez la llamada dicha
sea vagar, cegados nuestros ojos
por el hierro candente del olvido,
como Patroclo, entre tinieblas,
sin conciencia y sin cuerpo?

—No son buenas palabras; y los dioses
si te escuchan, nos han de castigar
con soledad y silencio,
y entonces ni siquiera
podremos conversar, oh Pélida.

Catulo

Muerto el gorrión de Lesbia, trabaja el poeta
sin terminar, teme las hábiles palabras, busca
exactitud, belleza y claridad en la sombra
de la cámara, donde ella se acerca y lo llama.
No vayas todavía, veronés, ya salen esos versos:
"Está muerto el gorrión de mi nena,
ese gorrión, delicia de mi nena,
que ella más que a sus ojos amaba".
Lesbia se acuesta, ansiosa, se distrae
acariciando el cuerpo del eunuco, escanciador de vino,
burlándose, sin risa, de las frases que el amo se repite.

Epicuro

Creía, voluble Temista, en mi disposición habitual,
olvidé tu sonrisa, tu cuerpo, tu ademán, sólo palabras
guardaron mi memoria. Ahora me consume un mensajero
invisible de la muerte, un zumbido
castigando mis oídos, mis recuerdos se pierden, sin embargo
claramente aparece, velada imagen, en esas circunstancias,
cuando rechacé el goce de tu sexo. Las noches,
posibles o imposibles, desde entonces recorren
un vacío imperfecto entre mis frases,
como aquellos antiguos actos, me culpan de un diálogo inconcluso.
No todo dolor es evitable, Temista, sabemos
cómo la muerte llevará las molestias de este cuerpo a la nada;
quise evitar sufrir eludiendo placeres que luego extrañaría.
Pero suena tu voz en mis oídos, desearía, aunque no temo
la llegada del fin, no dejar nunca de oírla y lamentar
toda una eternidad la persistencia
de tu belleza en mí.

Platón

Dormían las palabras del filósofo, cerraban sus oídos enormes puertas, en su memoria hablaba sólo el sueño, vestido de Alcibíades:
“... compartimos el lecho, entrelazados, pero no me tocó su boca; junto a él yazgo ahora, sonrío ante los ojos de algún muchacho nuevo, interpuesto de pronto por su frase, entre nuestros cuerpos, embebidos de vino y de perfumes”. Cuando en la escena irrumpe un grupo indistinguible, rompen las puertas y abren la incertidumbre de una orgía, entonces, el soñante despierta, viendo a Sócrates hablando, desvelado, restableciendo, incólume, un discurso. Platón escribe ahora, recordando, los restos de un relato para ordenar el sueño.

Versión de Catulo

Muchas veces con ánimo estudioso de cazador requiero
cómo podría mandarte los versos de Calímaco,
que te ablanden conmigo, y que ya no te esfuerces
en tirar siempre dardos hostiles contra mi cabeza,
mas veo ahora que fue vano el haber asumido esta tarea,
Gelio, ni mis plegarias han valido de nada.
Evito con un manto tus dardos contra mí;
en cambio tú, clavado, recibes el suplicio de los míos.

Autólico

In memoriam C. P. Cavafis

"Decir lo mismo; para que otros mañana a su vez nos replacen. Es breve la gloria con que, ingenuos, pretendíamos eludir de algún modo, sólo en parte, el silencio de la muerte. Sabed, amigos, disfrutar la juventud y los recuerdos en la incómoda calma de la vejez. Ahora entendamos, apenas lo posible, leamos a los muertos, no eran muy diferentes a nosotros, tal vez recibamos el mismo trato luego, y nuestras almas perdidas recuerden un instante sus palabras."

Así habló Autólico, el sofista griego, negándose a enseñar en latín —el estado del mundo lo entristecía— a comerciantes ignorantes de Capua.

Índice

Ligurino	9
Lucrecio	11
Cleis	13
Propercio	15
Propercio	17
Ovidio	19
El exilio de Glauco	21
Tucídides	23
Jenofonte	25
La agonía de Marco Aurelio	27
Epitafio canino	29
Juvenal	31
Livio Andrónico	33
Más allá del Rin	35
La sombra de Aquiles	37
Cleóbulo	39
Psyjé	41
Composición de Metamorfosis IX	43
El orador	45
Diálogo interrumpido	47
Catulo	49
Epicuro	51
Platón	53
Versión de Catulo	55
Autólico	57

Esta primera edición de
"El bizantino"
de Silvio Mattoni, se terminó de imprimir
en la ciudad de Córdoba,
durante el mes de febrero de 1994
Tiraje: 500 ejemplares

EJEMPLAR N°

Primer bizantinismo: en la Antigüedad, la poesía sólo tomaba dos formas: el relato impersonal, cuyo efecto se medía casi más ética que estéticamente, y la invocación, ya fuera a un objeto de amor o de odio, ya a un dios o a un desconocido por venir. En ambos casos, no estaba en juego la verdad sino la persuasión.

La técnica secreta de la retórica perfecta de un poema cualquiera, producía el misterio de su gloria imperecedera, monumental, según Horacio. Por el contrario, en la poesía helenística que Catulo admiraba e imitaba, la salvación fue el detalle: un objeto ínfimo, un gesto, una sandalia, el pliegue de una túnica, un peplo. Y en la lírica griega arcaica, la violencia, el vino, el deseo por lo que se destruye, los ritmos recién descubiertos.

Segundo bizantinismo: toda esa materia, que llamamos grecolatina, es un universo de variaciones innumerables. Ahí aparece la serie, el agrupamiento devastador en el que se desvanece el sujeto, el cuerpo se vuelve vestimenta sin órganos y el estilo, una forma imposible de la cita. El secreto es la invención de la historia y del pasado, la desterritorialización de la lengua en busca de unas maquetas como epifanías flotantes, (futuro) sin objeto. Pero el misterio, que origina la serie sobre esas variaciones grecolatinas, no tiene causa ni función: pura vacilación ante la página que de repente se colma de téselas de un mosaico azul y oro, en expansión.

Leo a Silvio Mattoni como a un clásico: con la ilusión continua de “sentir que lo leía”; y aún así, al hablar o escribir esto, corro el riesgo de torcer la Vía de su dichosa lectura. Silvio escribe en la contemporaneidad de **Bizancio:** el afecto lo acerca, lo despierta, lo vuelve laborioso, verosímil. Yo baluceo en la morada minúscula de Gala Placidia: contra la luz de cera y miel del alabastro donde todo destella pero -como estrellado- por instantes: mis propios sueños de lector son réplicas, téselas que se multiplican como las ventanitas del palacio de Diocleciano en Spalato.

ARTURO CARRERA



Alción Editora